

Jamás mira su llama satisfecha,
Y en fingiendo que está su amor extinto
Es cuando mas estrago hace su flecha.

EL VALOR

Brame si quiere encapotado el cielo,
Terror infunda el lóbrego nublado,
Montes desquicie el Bóreas desatado,
Tiemble y caduque con espanto el suelo :

Con hórrido estallido el negro velo
Júpiter rompa de la nube airado :
Quede el Etna en las ondas sepultado :
Quede el mar convertido en Mongibelo :
La máquina del orbe desunida,
Cumpliendo el vaticinio, y las supremas
Leyes, caiga en cenizas reducida.
Por estas de pavor causas extremas,
Ni por las furias que el tirano anida,
Como temas á Dios, á nada temas.

ANACREONTICA

Á LELIO

Lleva, Lelio, á la sombra
De la fuente vecina
Los vasos, las botellas
Y la sonora lira :

De yedra coronados
Sentados á la orilla,
Alegres beberemos
Con las campestres ninfas.

No cantaré el azote
De guerras numantinas,
Ni la sangrienta espada
Del invencible Anibal.

No en púrpura teñidos
Los mares de Sicilia,
Ni al Cyclope asaltando
La esfera cristalina.

No al héroe macedonio
De Márte imagen viva,
Sobre el triunfante carro
Talandó por las Indias.

No, Lelio, no; estos cantos
Mis cabellos erizan,
Las cuerdas se revientan
Y crujen las clavijas ;

Pero, sí, cantaremos
Las tres hermosas ninfas
Con el hijo vendado,
Y á su madre divina ;

Cantaremos á Baco
De vid la sien ceñida,
Con amorosas hojas
Y derramando risas :

El céfiro halagüeño,
Las dulces avecillas,
El arroyo plateado,
Y el rumor de las guijas :

Todos estos placeres
En la fuente vecina,
Bebiendo llenos vasos,
Harán sonar la lira.

BATALLA NAVAL DE CORTÉS EN LA LAGUNA

Canto el invicto capitan hispano
Hijo de Marte que á occidente vino,
Y en las ondas del lago mejicano
Venció contrarios en nadante pino :
Canto la ilustre religiosa mano
Que allí condujo el pabellon divino ;
Canto, en fin, al mas grande, al sin segundo
Héroe, conquistador del Nuevo mundo.

Y tú del Pindo soberano Apolo,
Tú que la trompa del argivo vate
Hiciste resonar de polo á polo,
Cantando el griego, militar combate ;
Haz que en obsequio de mi númen solo
El raudal de Hipócréne se dilate,
Pues canto de Cortés la heróica hazaña
Que admira el orbe, que ennoblece á España.

¡Musa, desciende, y de tu luz divina
Llena las frases del concepto mio :
Oye mis ruegos, á mi voz inclina
Plácido rostro, soberano Clio :
Dictame aquella formidable ruina
Que hundió en el lago al mejicano brio,
Y haz que admiren por todos los confines
La pompa de los trece hergantines !

Ya en las tranquilas ondas se mecian
Los bajeles, del céfiro halagados,
Y á la luz de la aurora parecían
Por la diestra de Flora dibujados.
Las ninfas, las sirenas acudían
Al milagro de ver leños alados ;
¡Extraña novedad nunca allí vista,
Y el portento mayor de la conquista !

En la playa Cortés juntó su gente
Y despues de invocar á la divina
Providencia, principio omnipotente
Del valor, y la buena disciplina,
Dijo : « El cielo hasta aquí benignamente
Proteje nuestra causa ; él encamina
Nuestras plantas por tierras y por mares
Para fijar su culto y sus altares ;

» Este es el sacro objeto y los laureles
Del árbol grande del honor cortados,
Infructuosos serán, si en los bajeles
No son al Dios eterno consagrados :
Sé que saldrán diluvios de bateles,
Mas sé que son invictos mis soldados,
Y sé que si efectuamos el bloqueo
Pronto veremos el postrer trofeo. »

Habló de esta manera : y al momento
Los fieles argonautas celebraron
Con júbilo comun el mandamiento
Del caudillo, y las naves ocuparon ;
Levan las anclas con ardor, al viento
Pabellones y lonas desplegaron :
Y entonaban despues, por nuevos mares
Al hijo de Dios himnos y cantares.

En dos hileras la española armada
Iba domando las cerúleas olas,
De gente y municiones pertrechada,
Brotando estruendos por las portañolas :
Para el rumbo de Méjico aproada
Sigue flamando ricas banderolas,
Que formaban simétricos enlaces
Con los soplos del céfiro fugaces.

En la vanguardia de la diestra hilera
Pedro de Barba un bergantin regia,
Y Morejon de Rodrigo, el de Lobera,
Gobernando otro buque le seguia ;

Los remos Juan Rodriguez acelera
De otra nave, siguiéndolo García :
Juan Portillo despues : y Jaramillo
Llevaba en retaguardia á su caudillo.

En la otra division iba delante,
Rodriguez, deslumbrando á los tritones,
Y siguiendo sus aguas, vigilante
Gobierna otro bajel Pedro de Briones :
Sotelo sobre un pino fulminante
Daba al aire lucidos pabellones ;
Mata, Carabajal Flores y Diaz
Rigen sus naves por las ondas frias.

Con franjas de pinturas variadas
Mostraban todas las henchidas velas,
De diverso color drizas trenzadas,
Y banderolas de distintas telas :
Con fúlgidos cristales esmaltadas
Relumbraban sus portas y arandelas ;
Y en vez de gallardetes, con donaire,
Sierpes de tafetan daban al aire.

Así surcaban, y el terrible extruendo
De cóncavos metales disparados,
Iba en hórridos ecos repitiendo
El valor de los iberos soldados :
Las focas y delfines van huyendo
Á sus antros oscuros, apartados ;
Mientras los nuestros, con marciales pompas,
Suenan clarines y marciales trompas.

Á lo íntimo del lago navegaban
Las prontas quillas, cuando de repente
Notaron que las ondas se agitaban,
Y en noche se volvió la luz de Oriente :
Repetidas centellas se cruzaban,
Bramaba el cielo formidablemente,
Abandonan los peces sus mansiones,
Y saltan los voraces tiburones.

Entre esta confusion, cada navío
Sobre montes de espuma se levanta
Hasta los cielos, y el hispano brio
Crugiendo remos á la mar quebranta :
Amainaron las vergas su atavio,
Cada cual á rizarlas se adelanta,
Crece el peligro, y con rumor profundo
Aborta el golfo un mónstruo furibundo.

Este horrible fantasma se presenta
Con semblante cerúleo, macilento ;
Y en sus globos de fuego representa
La venganza y el odio mas sangriento ;
Su estatura feroz y corpulenta
Era imágen del mismo atrevimiento ;
Brotando de sus labios insolentes
Las víboras, las hidras y serpientes.

En su mano siniestra relucía
De una serpiente ardiente escama,
Y en la membrada diestra sostenía
La triple flecha con que Marte brama :
Dos torrentes sulfúreos despedía
En vez de aliento, que el ambiente inflama ;
Y antes de abrir sus labios criminales,
Sonaron las trompetas infernales.

Los Manes denegridos suspendieron
Sus atroces voraces ejercicios,
Y á los crueles tormentos sucedieron
De un silencio profundo los indicios :
El Cervero cayó, se contuvieron
De Tántalo y Teseo los suplicios ;
Y aterrando los montes mas lejanos
Habló el monstruo á los náuticos hispanos.

« ¿ Qué númen, dijo, contra mis decretos,
Qué deidad permitió tal desacato ?
¿ Mis tranquilos alcázares secretos
Se profanan con bélico aparato ?
¿ Veré mis techos de cristal, sujetos
Á las violencias de extranjero trato ?
¿ Y podrá de piratas ser guarida
Mi laguna, hasta aquí desconocida ?

« No es posible : tan grave atrevimiento
No permite Pluton, que en mí confía ;
Él me ha dado á guardar este elemento,
Suya es la ofensa, la venganza es mía
Los sacrilegos mueran al momento
Mueran aquellos que con mano impía
Del trono á Motezuma derrocaron,
Y en los templos los ídolos violaron. »

Dijo, y volviendo colosal cabeza
(Que hasta las nubes su estatura empina)
Á Méjico inclinóse y con fiereza
« ¡ Al arma, dice, guerra á la marina !
Guarneced vuestras naves con presteza,
Prepárese el betún con la resina ;
Ardan, perezcan, acopiad montantes,
Aljabas, flechas y ondas resonantes.

» Al arma, guerra, guerra, luego, luego,
Cubrid las playas de animados muros :
Quede la armada convertida en fuego,
Ó destrozada con los golpes duros :
Vibre el arco la flecha sin que el ruego
Perdone á los sacrilegos impuros ;
Que aunque se tienen por vivientes soles
No son sino mortales españoles.

« El númen de la guerra en vuestras manos
Deposita el trisulco refulgente,
Para que la ambición de esos tiranos
En sus propios delitos escarmiente :

Defended vuestras aras, mejicanos,
De los insultos de la infame gente ;
Muran los que violan vuestros ritos,
No quede un enemigo en mis distritos. »

Acabó de tronar el monstruo horrendo,
Y llevando hácia atrás el puño infando,
Crugió los dientes con terrible estruendo,
Y dió al aire las flechas regulando :
Un volumen de llamas estupendo
Su negra boca vomitaba hablando :
Rugió, encaróse al cielo, y de repente
Á ocultarse volvió el dragon ardiente.

Como suele aquel rayo desprendido
De la diestra de Júpiter Tonante,
Imprimirse con hórrido estampido
En la tierra profundo en un instante,
Para siempre quedándose esculpido
El estrago del pábulo radiante :
Así el monstruo grababa sus razones
En todos los indios corazones.

Conmovióse el imperio : resonaron
Los bélicos sangrientos caracoles,
Y fúnebres las flautas pronunciaron
Tristes presagios á los españoles :
Los rústicos guerreros se adornaron
De corazas y escudos como soles ;
Y el fatal simulacro de la guerra,
El temor de sus ánimos destierra.

Por todas partes suenan los rumores
De los roncós funestos atabales,
Y lucen los penachos tembladores
Entre mil petos, fúlgidos, marciales ;
Los caciques aliados y electores
Convocaron sus tropas y oficiales ;
Y acuden á la playa, en dos momentos,
Los bárbaros hermosos regimientos.

Coronóse el margen al instante
De turbantes, de flechas, de escuadrones,
Y el mismo emperador quiso arrogante
Seguir en la batalla á sus legiones :
Prontas ya junto al piélago sonante,
Se miran cinco mil embarcaciones....
¡ Dios Santo ! ¡ Tantas naves en las olas !
¡ Tantas para batir trece españolas !

Quiso el monarca con heróico anhelo
Ser testigo ocular de la campaña,
Para premiar con paternal desvelo
Del soldado infeliz la ilustre hazaña ;
De este modo rasgaba el negro velo
Con que el poder á la justicia engaña :
Así aleja pasiones de su silla,
Así al mérito premia, al vicio humilla.

Aquí en la playa Zinguatimo airado
En su rojo dosel así decía,
« Ya llegó, mejicanos, el deseado
Momento de abatir la tiranía :
El Dios, el Dios terrible ha decretado
Que saciemos la sed de sangre impía :
Corramos, mis vasallos, á las olas,
Bebamos en las venas españolas. »

Así dijo, y moviéronse al momento
Vivientes montes de plumajes varios,
Y á las naves con ímpetu violento
Se precipitan, corren voluntarios....
No me abandones, musa, dame aliento :
Explica Clío, las armas, los vestuarios
Que llevaban las bárbaras naciones ;
Trasmite á mi pincel tus expresiones.

Iban delante veinte mil flecheros
De miradas ardientes y sutiles,
Atrás llevó los carcáces fieros,
Y delante bordados escaupiles :
Amarillos y rojos los plumeros
Adornaban sus frentes varoniles ;
Embrazan areos, y por mas decoro
Pisan la arena con sandalias de oro.

Pertrechados de escudos refulgentes
El leño agobian trece mil infantes,
Guarnecidos de petos relucientes,
Y empuñando mortíferos montantes ;
Con bermejós lunares, insolentes
Y feroces presentan los semblantes ;
Morriones cenicientos y adornadas
Las gargantas de joyas delicadas.

Con encarnadas pieles revestidos
Hunden las naves quince mil furiosos
Mejicanos, de chuzos prevenidos ;
Coléricos, membrudos, horrorosos :
Por el aire tremolan atrevidos,
Verdinegros plumajes pavorosos ;
Y retumban entrando en los bateles,
Unos con otros, chuzos y broqueles.

De resonantes cáñamos armados,
Siguen treinta mil indios iracundos ;
Altos de estatura, descarnados,
Provistos de guijarros tremebundos ;
Con lucidas corazas de colchados
Se escudan, y plumajes rubicundos,
En forma de diademas, tremolantes,
Adornaban sus hórridos semblantes.

Pisan violentas el fluctuante pino
Cuatro brigadas, con tremendas picas,
Llevan pavases de esmaltado lino,
Llevan rodela de labores ricas ;

No trabajó Vulcano con mas tino
El escudo de Aquiles ; fueron chicas
Sus mas brillantes obras, comparadas
Con la pompa y primor de estas brigadas.

Puestas al hombro las groseras moles
De herradas mazas, trece mil seguían,
En cuyos petos dibujados soles
Con diferentes piedras relucían.
Librar su imperio de los españoles,
Como nuevos Alcides pretendían ;
Que también el valor, en climas tales,
Procura enardecer genios marciales.

Detrás de aquellos, con brillantes dardos
Impávidos seis mil se precipitan
Al cristalino golfo, hombres gallardos
Expertos en las armas que ejercitan :
Cintas de piedras en sus lomos pardos
Borran la luz del sol cuando se agitan ;
Y entre pintadas plumas que unió el arte,
Llevan, bordado de oro el estandarte.

Detrás marcharon con marcial arrojo
Doce mil, empuñando las espadas
De pedernal cortante y pavés rojo
Guarnecido de láminas plateadas :
Mostraban sus mejillas (raro antojo)
De sangrientas pinturas salpicadas ;
Fiereza militar, moda arrogante
Con que visten de cólera el semblante.

Se presentó despues fatal caterva
De cuatro mil Tamenés, que agobiaban
Sus hombros con las armas de reserva,
Y mixtos combustibles que llevaban :
Siguió, por fin, gran chusma con la acerba
Invención de las fieras, que enjaulaban
Para echar en la lid, como leones,
Serpientes, tigres, osos, escorpiones.

En cuatro divisiones repartida
Se previno la escuadra : la primera
Fué al guerrero Chinantle cometida :
La segunda á Quastélea : la tercera
Iba por Zempoasingo dirigida ;
Rigiendo Terpopántle la postrera :
Todo pronto al monarca, vigilante
Dispuso que zarparan al instante.

Principian á moverse las galeras
Como enjambre de hormigas presurosas :
Unos baten al aire las banderas,
Otros suenan trompetas belicosas :
Retumban con sus ecos las riberas ;
Y heridas de sus voces pavorosas,
Temblaba fuertemente la laguna,
Y estremecen los montes de la Luna.

Y de la suerte misma que el Tonante,
Sin levantarse de su asiento rojo,
Al escuchar el yunque retumbante
Del Ciclope traidor, miró el arrojado :
Y fijando sobre ellos su semblante
Contuvo por piedad su justo enojo,
Mirando la sacrilega oficina
A ellos propios labrándose su ruina :

Así Cortés, sin alterar su frente,
Desde su nave prevenido mira
Que la infinita americana gente
Contra su propia destrucción conspira :
Él los contempla, y compasivo siente
De sus contrarios la obstinada ira,
Viendo que al filo de su ardiente espada
Pronto va á perecer la inmensa armada.

Ya están las dos escuadras casi á tiro
Del bronce; con buen orden navegando :
Precedió gran silencio : cesó el giro
Del veloz carro luminoso, estando
Atento en el Cémit : hasta el suspiro
De los céfiros mansos fué faltando :
Los de Méjico, el cielo, infierno y tierra
Todo espera el suceso de esta guerra.

Volvieron á bramar los caracoles,
Y al instante los bárbaros gentiles
Disparan flechas á los españoles,
Que clavaron en gavias y mastiles :
Se cubrieron sus cascos y penoles
De pungentes harpones tan sutiles,
Que era como (entre puntas tremolantes)
Erizos de madera navegantes.

El invicto Cortés mandó que luego
Excitaran las bocas de Vulcano,
Y aplicándole al misto el botafuego
Suenan los gritos del cañon tirano :
El voraz enemigo embistió ciego
Á pesar del rigor del bronce hispano ;
Zumban las hondas, y en la mar hervian
Los guijarros que fieros despedian :

Los infernales globos disparados
Llevan la muerte á la enemiga armada :
Vanse á pique los buques destrozados,
Y al agua cae la gente amontonada :
Puéblase el mar de petos y colchados,
Este pierde el escudo, aquel la espada,
Allí se oye un acento dolorido,
Y otro queda aquí en miembros dividido.

En este punto, respirando saña,
El horrible contrario arremetiendo,
Intenta el abordaje, y con gran maña
Intrepidos se fueron revolviendo :

Vióse emboscado el pabellon de España
Entre chuzos, que forman monte horrendo :
Luego van, se aproximan, y arrogantes
Lanzan dardos, y esgrimen los montantes.

Chocan las armas de los combatientes,
Y entre lúgubres flautas mejicanas,
Dando las clavas golpes frecuentes
Extremecen las naves castellanias ;
Mas entonces los iberos valientes
Subidos en las cofas y mesanas,
Con denuedo feroz, y sin desmayo
Matan mil hombres con un solo rayo.

Hallóse el buque de Portillo entonces
De tenaces contrarios combatido,
Que oponiendo sus pechos á los bronceos
La nave abordan con ánimo atrevido :
Unos rompen los pernos y los gonces
Otros por sus costados han subido ;
Y lidiando Portillo, cual Leonidas
Mortalmente cayó lleno de heridas.

¡ Ay triste ! ¡ cuál estaba y cuán mudado !
¡ Cómo nadaba en sangre su cabeza !
¡ Cuál dejaron su cuerpo destrozado
Y cuál su espada ya sin fortaleza !
De palidez la muerte habia bañado
Su terrible semblante, y la fiereza
Noble de su mirar, no despedia
La luz que al Nuevo Mundo confundia.

Las máquinas tronantes de Belona
Duplican vivamente los amagos,
Y haciendo estremecer la ardiente zona
Mandan el humo por los aires vagos :
En la tropa infernal que se amontona
Salta la sangre, crecen los estragos ;
Y aunque patentes los peligros miran,
No cobardes se espantan ni retiran.

Espesa nube de punzantes flechas
Volvió el contrario á disparar sangriento,
Y por los aires encendidas mechas
Arrojaban con ímpetu violento ;
Algunos van ardientes y derechas
Tan voraces, que hicieran detrimento :
Si el valor y la activa vigilancia
No extinguieran del fuego la arrogancia.

Ni serás en olvido sepultado
Rodrigo Morejon, que el canto mio
Hará que sea tu nombre celebrado
Del Antártico polo al polo frio :
Y si hasta ahora la Fama ha conservado
La defensa que hiciste en tu navio ;
Su clarín y mi trompa eternamente
Llevarán tu valor de gente en gente.

También sobre la borda defendia
Pedro de Barba su bajel, lanzando
Mas muertes que rayos Febo envia,
La espada como Marte manejando :
Un diluvio de piedras resistia
Con el escudo luminoso, cuando
Por el terrible impulso de una flecha,
Huyó su vida por sangrienta brecha.

Tendido estaba el inclito guerrero
De sangre y de sudor humedecido,
El escudo abollado, y el acero
De la heroica diestra desprendido :
Sin donaire marcial, sobre el sombrero,
De purpúreo licor también teñido,
Reclinaba el semblante formidable,
Que era, aun despues de muerto, respetable.

Fiero en su nave el estremeño Aquiles,
El inmortal Cortés por todos lados
Resiste los ataques varoniles
De infinitos caciques y soldados :
Con su espada, corazas y escaupiles
Traspasaba, postrándose apiñados,
Al rigor de sus hélicas fatigas,
Hombres como en cosecha las espigas.

Por todos los costados oprimida
Se ve en conflicto la española armada,
De montantes y piedras combatida,
Y entre contrarios buques ahogada :
La gloria de vencer casi perdida,
En contra la victoria declarada,
Sin gobierno el timon, en calma el viento,
Y sin tener los remos movimiento.

Ya iba pronto el católico estandarte
Á ser presa del bárbaro enemigo,
Si en tanta multitud ni vale el arte,
Ni halla Cortés en su valor abrigo :
La diadema naval preparó Marte
Para el contrario de quien ya era amigo ;
Cuando un nuevo accidente milagroso
Postró el brazo de Marte helicoso.

Con auríferas alas desde el cielo
Rápida virgen descendió brillante ;
Cubria su rostro transparente velo,
Mostrando el árbol de la cruz triunfante :
Sobre el lago fijó su sacro vuelo,
Miró á Cortés con plácido semblante,
Iluminó su faz toda la esfera,
Y al caudillo le habló de esta manera :

« Yo soy la RELIGION, dijo la Diosa,
Aquella que en tu pecho ha sugerido
La conquista mayor, mas portentosa
Que triunfará del tiempo y del olvido :

Por mi influjo tu espada belicosa
Siempre invencible en la campaña ha sido ;
Yo tus naves destruí sobre la espuma,
Aherrojado por mí fué Motezuma.

» La acción fué tuya, la impulsión es mia :
Yo de tu brazo me servi en la guerra
Notando que tu pecho se encendia
Por radicar mi culto en esta tierra :
Ahora, viendo á tu gente en agonía,
Y que á tus naves el contrario cierra ;
Vengo á darte por gracia nunca vista,
El último laurel de esta conquista. »

Cortés la imagen humillado admira,
Que entre los aires se escondió violenta :
Lleno de ardor católico suspira,
Y antes de continuar la lid sangrienta
Dijo á los suyos : « El Olimpo inspira
Nuevo aliento á mi brazo, él nos sustenta,
Él quiere que olvidando el rito inmundo
Á Jesucristo adore un nuevo mundo.

Apenas dijo : cuando el Este hinchando
Con fuerte soplo nuestras gavias, fueron
Los bajeles el curso recobrando,
Y violentas las quillas embistieron :
Ya las contrarias se iban arrollando,
Unas con otras entre sí crujieron.
Se destrozaban, se chocaban, desbarataban,
Se hundían, amontonaban, se maltrataban.

Cual suele verse embravecido toro
Rodeado de infinitos gladiadores,
Sufrir tranquilo en la mitad del foro
Garrocha y silvo de los toreadores ;
Que bramando despues fuerte y sonoro
Colérico embistió á los corredores,
Rompiendo miembros y sembrando muertes :
Así embistieron nuestras naves fuertes.

Quedaban cuatro buques aferrados
Al bajel de Cortés donde venian
Los cuatro generales, que obstinados
Combate, á gritos, singular pedian :
Quiso el héroe que fuesen castigados,
Saltó á las naves de los que ofendian,
Mató á Quastelca, derribó á Chinantle,
Y huyeron Zempoazingo y Terpopántle.

En medio de estas ruinas los contrarios
Con duplicada fuerza y mayor brío,
Al aire daban gritos temerarios
Vibrando harpones con el arco impio :
Á pesar de los bronceos sanguinarios,
Y á pesar del hispano poderío,
Impertérritos lidian, de tal suerte
Que se burlaban de la misma muerte

Ni el estrago voraz de la metralla,
Ni el estampido del cañon horrendo,
Ni el mortífero ardor de la batalla,
Ni la sangre que el golfo va tiñendo,
Ni la centella que al bajel estalla,
Ni el humo denso que los va cubriendo,
Ni los lamentos de los moribundos :
Nada allige sus génius iracundos.

Antes bien, con indómita osadía,
Segundo avance intentan las legiones,
Y contra el fuego de la artillería
Remolcaban las fieras y leones :
Mas el héroe que todo lo advertía
Dispuso que asestaran los cañones ;
Cuyos globos las rejas desbaratan,
Y las cautivas fieras se desatan.

Libres las bestias de la cárcel, luego
(¡Formidable catástrofe!) espantadas
Con la grita y estrépito del fuego,
Embisten como furias desatadas :
Cual se arroja al golfo absorto y ciego,
Cual destrozado queda en dos zarpadas,
Cual despiden la vida entre sus dientes,
Y cual fué infeliz pasto de serpientes.

Cayó postrado de una bala herido
Al lado (un jóven) de su padre anciano,
Que á tiempo de morir, dando un gemido,
El labio imprime en la paterna mano :
« Yo muero, dijo, adios padre querido ;
La muerte apaga mi vigor lozano,
Cuando al impulso de mi flecha sola
Pensé humillar la cólera española. »

Aun mas iba á decir, pero la muerte
Con su torva guadaña le separa
Su vida al golpe de aquel filo fuerte
Que de troncar vivientes nunca para :
Miralo el padre miserable, y vierte
(Llena de luto la arrugada cara)
De sus nublados ojos larga vena,
Y con su llanto el monte y mar resuena.

« ¡Dioses! (dijo, mesándose el cabello)
¡Oh Dioses ya no existe!... ¡Oh cruda gente!
Oh muerte inexorable! que en el cuello
Heriste de la víctima inocente.
Cómo en mi vida no pusiste el sello?
¿Cómo no te llevaste juntamente
La vida que ahora tus rigores viendo
Se irá con triste llanto consumiendo?»

« ¡Oh acerbo dolor! hijo, luz perdida
Dulcisima porcion de mis entrañas,
¿Quién consolará mi ánima afligida?
¿Quién jamás sufrió penas tan extrañas?»

¡Ay Dioses! terminad mi triste vida ;
Oh tigres, ó feroces alimañas!
Venid, clavadme el venenoso diente,
Será esta vez vuestro furor clemente.

« ¡Mas ay! que todo contra mi parece
Que se conspira, cuando lloro y miro
Que el cielo con mi súplica ensordece,
Que á las fieras espanta mi suspiro :
¡Ay hijo de mi vida! ¡Ay como crece,
Hijo de mi alma, mi dolor!... yo expiro.....
¡Ay esposa! ¡Qué bien me lo decías
Á tiempo que de mí te despedías! »

Así exclamaba : y con caducos brazos
Estrecha el cuello del espectro frio,
Y hecho de pena el corazon pedazos
Lo derramaba en fúnebre rocío :
Hasta que (sin soltar los tiernos lazos)
Murió el anciano del dolor impío,
¡Oh guerra, oh cruda guerra! ¡Cuántos males!
Con tu tizon padecen los mortales!

Mientras esto acontece, ardiente estopa
De las bocas de fuego despedida,
Prendió violenta en la breada popa
De una barca con mistos prevenida :
Esta con otra su costado topa,
Creció luego la llama enfurecida,
Las nubes de humo denso iban al cielo,
Y vióse navegante un Mongibelo.

Unos entonces hondas despedían,
Otros flechas como átomos lanzaban
Estos destruir las fieras pretendían,
Muchos huyendo al piélago saltaban :
Saltan las fieras y los perseguían ;
Algunos en la hoguera se abrasaban ;
Todo era ruina, confusion, y todos
Sufren la muerte de infinitos modos.

Cual suele á veces Aquilon violento
Desbocarse y con hórrido bramido
Arrebatarle al prado su ornamento,
Y desnudar el monte bien vestido ;
Sin que se eximan de su rudo aliento
Ni las hojas del álamo atrevido.
Así mismo arrebató el bronce ardiente
Las tristes vidas de la opuesta gente.

Allí se oyen lamentos penetrantes
De un infeliz que derribó la bala :
Otro en sangre revuelto, palpitantes
Entrañas junto con la vida exhala :
Muchos muestran sangrientos los semblantes ;
Quién titubeando con los piés resbala,
Quién sobre el lago fatal yace deshecho,
Quién con horrenda herida ofrece el pecho.

Allá se encuentra un cuerpo sin cabeza,
Acá se advierte con su escudo un brazo,
Acullá con un miembro se tropieza,
Allí un peto se vé, delante un mazo :
Este á impulsos de brutal fiereza
Demuestra abierto el vientre de un zarpazo :
Y muchos estrellados perecian
Entre las naves que los comprimian.

Alguno medio vivo derramaba
Caños de sangre por nariz y boca :
Alguno herida frente levantaba
Mirando al cielo, y á su Dios provoca :
Alguno entre su sangre se anegaba :
Alguno entre las llamas se sofoca ;
Y alguno huyendo del violento fuego
Halla la muerte entre las ondas luego.

Exánimes flotaban los sangrientos
Espectros sobre el lago : las riberas
Se tiñeron de sangre, y los fragmentos
Nadaban entre escudos y cimeras :
Al compás de espantosos instrumentos
Se retiran rindiendo las banderas :
Cesó la hostilidad, y el mejicano
Dejó el piélago libre al héroe hispano.

Lloraba el padre sobre el hijo herido,
Lloraba el hijo como Héctor lloraba,
Este llora al amigo mas querido,
Otro al pariente muerto lamentaba :
Lloró Guatimozin viendo perdido
El triunfo, y régio cetro que empuñaba
El imperio gimio con llanto tierno,
Y lloraron las sombras del Averno.

La Gloria entonces con celestes alas
Entre amores y gracias descendiendo,
Llenó de luces las etéreas salas
Al caudillo guirnaldas ofreciendo :

La esfera se vistió de ricas galas,
Llegaba al cielo el armonioso estruendo ;
Entre tanto que orlaba la Victoria
Las sienes del querido de la Gloria.

De aquel cuyo carácter aguerrido
De prudencia y valor dió testimonio :
Del magnánimo, ilustre y mas temido
Que César, y Alejandro el Macedonio :
Del religioso Numa, distinguido
Mas que fué Augusto el vencedor de Antonio :
De aquel de quien la fama no halla ejemplo,
Del héroe que honra de Belona el templo.

Al rumor de los victores temblaron
Del lóbrego palacio los umbrales,
Y en todo el ancho abismo resonaron
Los gritos de las hidras infernales :
Del encendido Tártaro bramaron
Los venenosos mónstruos y animales ;
Y el triste emperador de negras curias
Lloró culebras, y sudaba furias.

Con armónicas voces las sirenas,
Al dulce son de sus templadas liras,
Alegraron de Tetis las arenas,
Y entristecieron las sangrientas Diras :
Mas canoras que amantes Filomenas
Tambien aplacan las funestas liras,
Gratas Nereidas, sin cesar cantando,
La victoria del ínclito Fernando.

Ya dé Titan el carro velozmente
Agitaba el cochero rubicundo,
Con látigo de fuego hácia occidente,
Y alejándose fué del nuevo mundo :
Parece que á llevar iba impaciente
La noticia del triunfo sin segundo,
Que llenó á España de esplendor y pompa,
Y dió materia á mi cansada trompa.